















































mún sólo el deseo, y la capacidad, de hacer reír a un gran número de personas. De los colectivos que he estudiado en esta serie de libros que además abarca a intelectuales, creadores y héroes, creo que los cómicos son los más valiosos. El mundo es un valle de lágrimas, siempre lo ha sido y siempre lo será. Los que pueden enjugar nuestras lágrimas y hacer que asomen a nuestros labios trémulas sonrisas son más preciosos para nosotros, a decir verdad, que todos los estadistas y generales y sabios, más incluso que los grandes artistas. Porque nos ayudan a mitigar un poco la agonía que es la vida e incluso nos permiten imaginar la posibilidad de ser felices. Y como la señora Gamp, de Dickens, dice: «Qué maravilloso es, cuando se vive en constante lamento, que alguien te haga sonreír».